

previos que habían recibido no fueran para entusiasmar a nadie. Y su rápida reacción. Al tercer día negarse a votar las comisiones que la curia había preparado, en lo que en la prensa romana se tituló la *ribellione dei vescovi*, mostró que eran conscientes de su papel.

Fue para muchos de ellos como un aprendizaje. No pocas de las cuestiones que provocaron más polémica eran en realidad o poco conocidas o sin presencia en su vida pastoral. Allí tomaron conciencia muchos de su importancia. Y de cómo les afectaba. Se les veía con ganas de aprender. Y si hubo episcopados –por ejemplo, buena parte del español– que no captaron la onda, la realidad posterior mostró que tampoco asimilaban las grandes intuiciones del Vaticano II. Que para ellos el Concilio no fue –y aún no es para sus sucesores– la brújula segura de la que hablaba Juan Pablo II, ni la fuerza de renovación que proclama Benedicto XVI. Lo que quizá cabría preguntarse es si aquel entusiasmo y aquella libertad que allí muchos mostraron, luego se ha sabido mantener. Si lo que sobre el episcopado se plasmó en los textos no sin dificultades aprobados, luego se ha hecho realidad.

3. UN CONCILIO SORPRENDENTE

Es la experiencia que más recuerdo de aquellos meses iniciales. Ya dije que un servidor acababa de aterrizar allí gracias a que el Santo Oficio había fijado su atención en el joven cura que uno era entonces, simple coadjutor de una pequeña parroquia, y había conminado a mi obispo para que me hiciera estudiar teología. Mi llegada coincidió con la de los 2.450 obispos convocados. Y me atrevería a decir que compartía con la gran mayoría de ellos dos cosas: ignorábamos qué sería el Vaticano II, descubrimos luego su honda novedad renovadora. Mi tesis quedó aparcada –nunca más se supo– y me apasioné por la gran sorpresa conciliar. Claro está que coincidía en ello con quien debía dirigir mi tesis –el inolvidable José M. Díez Alegría– y en realidad me guiaba por las sendas de la sorpresa conciliar. Como aprendiz de periodista conseguí introducirme en los pequeños círculos de informadores. Incluso en las sesiones para periodistas que iniciaban algunos episcopados. Uno

podía descubrir allí, discretos, medio escondidos, obispos que serían decisivos en el Concilio (recuerdo por ejemplo al italiano Emilio Guano, cuya muerte prematura y sobre todo su discreción personal han hecho que no se valorara su gran aportación; o un joven obispo africano, Joseph Malula, callado en estas reuniones pero que explotó en una intervención conciliar cansado de discusiones sobre el latín y que luego llegó a cardenal).

Ya lo he contado alguna vez: en unas inmensas papeleras de mi residencia romana, dos curas bolivianos, indios, secretarios de sus obispos en el Concilio, depositaban páginas y páginas de los documentos supuestamente secretos que la curia había preparado como futuros textos conciliares y que ni llegaron al aula. Un nuevo aire –como deseaba Juan XXIII– había entrado. Era la sorpresa conciliar. Buena nueva para muchos. Aunque para el obispo Marcel Lefebvre ya empezaba a ser «una inmensa catástrofe, el mayor escándalo que ha existido jamás en la historia de la Iglesia».

4. LA LITURGIA, AFORTUNADAMENTE

Esto creo que es muy importante. Para el desarrollo del Concilio primero y para su impacto –su recepción– después. Que el Vaticano II iniciara su camino trabajando el proyecto de constitución sobre la liturgia fue decisivo para toda su historia posterior. Inició el camino con una relativa paz, se abrió a nuevos horizontes teológicos y pastorales con la «conversión» de la mayoría de padres conciliares, sembró semillas que fructificaron en la elaboración de textos fundamentales posteriores. Da miedo imaginar que el Vaticano II se hubiera iniciado con algunos de los otros esquemas preparados como *De deposito Fidei pure custodiendo* o *De castitate, matrimonio, familia, virginitate*. Claro está que bastantes obispos no entendieron que se comenzara por la liturgia, puesto que la identificaban con un código de rúbricas (el padre Franquesa, con su humor pillo aunque benévolo, contaba sabrosas anécdotas al respecto, como la del obispo que le rogó que en secreto le explicara «qué quieren decir ustedes repitiendo una y otra vez misterio pascual»). Y luego, cuando lo primero que llegó al pueblo cristiano fueron los inicios

de la reforma litúrgica, en aquel casi revolucionario 7 de marzo de 1965, primer domingo de Cuaresma, creo que fue también decisivo para que se captara que el Concilio era una bendición para la vida cristiana, algo que afectaba al cristiano normal, que abría caminos de renovación. Bueno será en este cincuentenario recordarlo.

Pero no entra en los límites de este punto de vista repasar todo el camino que llevó a la constitución litúrgica y a su aplicación. Queda para otras aportaciones. Pero sí me gustaría terminar con unas palabras del teólogo Josef Ratzinger, entonces aún profesor en Tubinga, ante la gran audiencia del 81 Katholikentag en 1966 refiriéndose a la reforma litúrgica fruto del Vaticano II: «Quien considere seriamente la realidad de la liturgia cristiana no puede dudar que se ha hecho algo grande e importante. Y no puede menos que rechazar como superficiales e infundadas las dos objeciones que se oyen constantemente contra dos elementos fundamentales de la renovación litúrgica». Estos dos elementos fundamentales eran, según el profesor Ratzinger, el uso de la lengua del pueblo aunque implique sacrificar el latín, y la valoración de la comunidad aunque signifique sacrificar el silencio sagrado (cf. *El Cierro* 157 bis, marzo 1967).

Joaquim GOMIS

Estudiante en Roma durante el Concilio